**Somos hijos del Padre **

“A cuantos la recibieron, a todos aquellos que creen en su nombre, les dio capacidad para ser hijos de Dios” (Jn 1, 12). La oración del cristiano es la oración de un hijo de Dios que se dirige a su Padre con confianza filial.

Cuando se vive con intensidad la filiación divina, ésta llega a ser «una actitud profunda del alma, que acaba por informar la existencia entera: está presente en todos los pensamientos, en todos los deseos, en todos los afectos.

«*El obrar sigue a nuestro ser*», nosotros libremente hemos de hacer que nuestras obras reflejen que somos hijos de Dios. Cuando nuestro obrar no se adecúa a éstas, surge una separación, una división interior de nuestra vida con Dios.

Hay cuatro aspectos que debemos tener presentes por ser hijos de Dios:

**Actitud de adoración**

Dios por su infinito amor, ha querido asociarnos a su propia familia, nosotros correspondemos con una actitud de adoración, el arrodillarnos y decir. - «*Dios mío, Tú lo eres todo, Tú eres mi único Señor; a Ti solo serviré, te amaré con todo mi corazón y con toda mi alma, con toda mi mente, con todo mi ser*», eso es la adoración.

Hay diversos tipos de virtudes: unas son infusas, Dios nos las regala, son las virtudes teologales, hay que aceptarlas libremente. Hay virtudes que se obtienen por repetición de actos: la virtud de la puntualidad, del silencio…

La virtud es un hábito bueno, es una predisposición adquirida para hacer algo. Hay una virtud que es ***la virtud de la religión*** que nos lleva a hacer actos propios de la criatura respecto del creador, prestar el debido respeto a Dios. Adquirir el hábito bueno de la adoración, hay que conformarlo, al principio costará mucho, si se adquiere la costumbre, con el tiempo se pasará rápidamente, esto es propio de todo hijo de Dios.

«*La adoración es el primer acto de la virtud de la religión*…». «*Es reconocerle como Dios, como Creador y Salvador, Señor y Dueño de todo lo que existe, como Amor infinito y misericordioso*». El momento en el que con mayor intensidad se reconoce a Dios es en la adoración. «*Adorar es reconocer, con respeto y sumisión absolutos, la nada de la criatura, que sólo existe por Dios*».

La adoración nos sitúa en el lugar adecuado, pero no para anonadarnos en el sentido negativo de la palabra, sino para que te fijes en cómo te quiere Dios, que te ha llevado a ser hijo. Adorarlo es reconocer, con respeto y sumisión absoluta, la nada de la criatura, que sólo existe por Él; es humillarse a sí mismo, como hace María en el *Magníficat*, confesando con gratitud que el Padre ha hecho cosas grandes en uno y que su nombre es santo. María es la mujer adorante. «*Proclama mi alma la grandeza del Señor*».

**La adoración nos libera**

«*La adoración libera al hombre del* ***repliegue sobre sí mismo, de la esclavitud del pecado y de la idolatría*** *del mundo*».

A una persona enamorada de Dios, le alegra lo que a Él le alegra, le entristece lo que a Dios le ofende o entristece y eso la hace salir del repliegue sobre sí misma, de pensar sólo en sus problemas, en sus cosas, en que sólo existe lo de ella… Cristo no retuvo nada para sí, se entregó a los hombres para que tuvieran vida ellos y tuvieran vida abundante, la adoración es el antídoto, la medicina para salir de ello.

El pecado es una esclavitud, te hace siervo de un señor que se llama «ídolo», (dinero, placer, fama, soberbia…) a ti, ¿quién te domina? Qué bueno sería poder decir que me domina Dios, que Él es mi Señor.

El antídoto contra la idolatría del mundo, la atracción de las cosas de este mundo, las cosas temporales, las que son caducas, las que nadie se lleva después de la muerte pero que nos atraen, es la adoración, primera consecuencia de nuestro llamar a Dios «Padre».

**Conocimiento e imitación de Cristo**

La segunda consecuencia, dice santo Tomás, es imitarle. ¡Cómo se parecen los hijos a los padres! ¿Dónde se ha manifestado Dios? Pues en Jesucristo, de tal modo que tenemos que imitarle y para hacerlo hay que conocerle, hay que orar y leer la Escritura, estudiarla y entenderla. Conocer para amar, saber cómo es, como piensa, que mirada tiene, hay que intimar con Él. Que podamos decir a imitación del Papa Benedicto XVI «esto es lo que yo puedo decir de Cristo: que le conozco».

**La obediencia**

La tercera actitud del hijo, siguiendo a santo Tomás, es la obediencia. San Ireneo de Lyon dice que «*la obediencia es la expresión de la libertad*». Los no creyentes pueden decir no obedecer a nadie, pero realmente obedecen a sus inclinaciones. Obedecemos porque estamos sujetos a Dios Padre.

¿Obedecer a Dios? «*Sí, yo te obedezco, pero*…» ¡Obedecer a la Iglesia!... ella es nuestro entronque. «*yo obedezco a Dios Padre, pero después, la Misa es*…».

Preguntarme, ¿cómo vivo la dimensión de la obediencia? Si nos examinamos bien, como decía santa Catalina de Siena, encontramos fallos gordos, no quitarles importancia, excusarnos… ¡Qué bonito es decir: voy a obedecer! El que obedece es humilde y el que es humilde se encuentra con Dios.

*“Enséñame a cumplir Tu voluntad, porque Tú eres mi Dios…”* (Sal 143, 10)

**Es propio del hijo dejarse corregir**

El cuarto aspecto donde se demuestra que vivo como «hijo», lo resume santo Tomás con este texto de los Proverbios: - «*Hijo mío, no rechaces la instrucción del Señor ni te enojes por su corrección, pues el Señor corrige a quien ama, como un padre a su hijo predilecto*» (3, 11-12), es muy difícil dejarse corregir, pero es una de las pruebas reales de humildad y debemos aceptarla de buena gana.

¡Qué bueno es quien nos corrige, quien nos pone ante la verdad de nuestra vida! Así podemos vivir como auténticos hijos, procurando hacer lo que el Padre nos pide y buscamos la manera de hacerlo sentir orgulloso de nosotros.

La paternidad de Dios no es algo que le concierna sólo a Él o sólo a nosotros. Su ser Padre define por completo su actitud hacia nosotros y el sabernos hijos entraña una respuesta, un compromiso y una responsabilidad.

Nuestro Padre espera mucho de nosotras, porque nos conoce bien y sabe de lo que somos capaces, después de todo, somos de Su familia…

*“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas”* (Deut 6, 5).

**Práctica semanal**: En mi examen de conciencia diario preguntarme en que no obedecí a Dios Padre ese día y cerrarlo diciendo **«Padre mío, concédeme el don de la obediencia»**